

El Espacio de la Ciudad

(EL CASO DE MEDELLIN)

Beatriz
Gómez S.

Entender el espacio de nuestra ciudad va más allá de la simple percepción que se nos regala de golpe a nuestros ojos. Si bien aparece la forma como hecho sensible, ésta nos seduce con sus múltiples voluptuosidades o nos ataca con sus ingentes punzones angulosos. Cual calidoscopio, en cada movimiento nos sorprende con nuevas perspectivas que se dibujan en el espacio acentuadas por la gama de colores o tonos que dan el aspecto peculiar, "el aire", el carácter que lleva a diferenciar un lugar de otro.

Pero, estos no son espacios vacíos, aún, entendiendo que el mayor o menor valor desde el punto de vista físico se lo da la arquitectura, debemos comprender que desde la perspectiva del individuo será la relación emocional que establece con su entorno recreándolo. Todos disfrutamos de un espacio real y de uno imaginario donde se mezclan sueños, conflictos y deseos. La memoria a su vez nos retrotrae el pasado o nos proyecta en sueños el futuro. Nadie de nosotros ha sido ajeno a recordar a través del sonido de unas campanas otra especialidad vivida en épocas pretéritas.

La ciudad, complejo vital, ha sido labrada por el hombre que plasma allí su temporalidad, marcando un hito en la historia que responde por su forma de vida, su cultura. Podemos referirnos a ella en sentido metafórico, como un espacio maleable o un tejido donde cada uno de nosotros es artífice de su propia realidad, no como seres individuales sino como seres sociales. En esta medida nuestro compromiso es de decisión y participación en todos los hechos que de una u otra manera atañen a la construcción o desconstrucción de ella.

La ciudad que hoy vivimos es fruto de planificadores y arquitectos, estos últimos, impulsados por Le Corbusier, son los forjadores de las teorías, y con ellas de la ideología urbana que ha servido como arma coercitiva del poder. Se les acusa de demiurgos por su pretensión de detentores de la verdad revelada, es decir, siempre han sabido qué es lo que necesitan sus semejantes: el género de habitat, el tipo de cultura, los medios de transporte, la manera de utilizar las horas de descanso, etc. Como tecnócratas, en su acción vemos la integración del arquitecto, con el príncipe y la democracia como nos lo relata Michel Ragon.

Su actitud ante el pasado ha sido arrogante, su afán de RENOVACION los lleva a olvidar las huellas legadas por generaciones anteriores. En vez de enriquecerlas con el presente se hace tabla rasa y se comienza de nuevo. Se erige sobre lo que fue y sólo queda en el individuo el recuerdo, la imagen —la forma en una sustancia diferente, la idea— que se acompaña de sentimientos. Es el vacío que padecemos hoy todos cuando nos asomamos a nuestra ciudad y son estos resultados los que nos llevan a pensar en ella y darle todo el sentido a la cotidianidad.

Si hoy nos sentimos desorientados, desamparados en la aprehensión que efectuamos de la ciudad y las cosas, esto es una manifestación fehaciente de cómo las cosas han cambiado sin dejarnos trazas.

Por esto debemos entender que este recuerdo

se racionaliza y se enriquece con los nuevos aportes del individuo. La nueva idea se recompone en el espacio y se reconoce su esencia por parte del colectivo social. Obtenemos un avance hacia el futuro, después de haber establecido el enlace con el pasado.

Pero no podemos caer en la idea platónica pensando que "al cambiar la ciudad, cambiamos la vida" que modificando de una manera armónica nuestro entorno éste repercutirá igualmente en la vida del individuo. Sreía caer de nuevo en las utopías del pensamiento socialista propuestas por Tomás Moro, Owen, Charles Fourier ideas que están contenidas en los grandes conjuntos, en las ciudades nuevas. Nuestra sociedad racional se esfuerza por realizar la utopía, utopía que vemos desalienante en la imaginación pero que se torna opresiva en la práctica.

Toca pues luchar para obtener un espacio propio a la discusión, que nos lleve a recuperar el verdadero carácter colectivo de la ciudad, razón de ser de su existencia profundizando sobre el papel del Estado, sus intereses y los efectos de su acción a nivel espacial.

Por ello resulta preciso hacer memoria y recordar como nuestra ciudad se recompone de olvidos:

— *Se trazan avenidas, se les llama calles y se olvida lo que es la calle.*

La calle, sede de la noticia, lugar de intercambio de ideas, de contacto social, espacio para deambular; es allí donde el hombre deviene ciudadano en contacto con los otros. Espacio que forma una continuidad y que en el caso nuestro v. gr. la Avenida Oriental, se convierte en barrera para el peatón transfiriéndose en viaducto.

— *Se cruzan avenidas, quedan sobrantes y como residuos destinados a zonas verdes se "regalan" a la ciudad y se olvidan de lo que es y representa una plaza.*

Nuestro plan vial ha sido afanoso en dar vía libre al vehículo pero es poco dadivoso en generar plazas y parques necesarios para el espectáculo, el ocio, la diversión, en fin, toda la vida necesaria a la colectividad. Sólo dejan espacios residuales, espacios sin carácter, vacíos que se intentan llenar vanamente. Se descubren las culatas de los edificios y no saben cómo reglamentarlas. Este atentado contra la estética se posibilita como paredón y se ofrece a la publicidad que asfixia al transeúnte. (Paredón del antiguo Banco Popular en Bolívar, etc.). El resto, los lotes vacíos de carácter privado se cierran con muros transitorios en donde vemos hoy a los niños, realizar los murales.

— *Se trazan manzanas, se tumban casas y se olvidan de la ciudad como tejido.*

La ciudad segregada es producto de nuestra historia social y económica. Los planes de desarrollo y planes viales sólo han contribuido a acentuar esta característica y desde el punto de vista físico, formal, crean grandes islas que contradicen la retícula tradicional.

A su vez, se erigen unidades habitacionales.

Se ven torres que no consultan las alturas y volúmenes de sus alrededores —Recordemos la Unidad Marco Fidel Suárez; el primer proyecto de Renovación Urbana "Renovación de Otrabanda", hoy Carlos E. Restrepo; Unidad Suramericana y, la no propiamente habitacional renovación de la Alpujarra, hoy Torres Administrativas, etc.

Estos planes continúan conquistando la ciudad y vemos surgir ya las unidades habitacionales cerradas, diseño de nuestros arquitectos que a través de las promotoras inmobiliarias le rinden un culto totalmente medieval al espíritu del clan, conformando ghettos, que se separan topográficamente en el tejido urbano.

— *Se derrumban casas para construir edificios y en su loca carrera por la rentabilidad, sedientos consumen espacio. Su avidez, los lleva a olvidar al ciudadano —como siempre— que ve restringido su espacio público.*

La generosidad de las vías públicas y la ambientación de los antejardines en un barrio como Laureles, independiente de la soledad callejera que siempre lo ha estigmatizado, ve hoy desaparecer su imagen ante la avalancha de torres multifamiliares que densifican el ámbito barrial. Presionado por la especulación del suelo, los árboles de laurel parecen sucumbir ante las múltiples edificaciones.

— *Se hace arquitectura, se hace urbanismo (decimos hacer arquitectura, decimos hacer urbanismo) y nos olvidamos del paisaje natural, de su marco geográfico, reduciendo el suelo a un dato mercantil en donde la homogeneidad del metro cuadrado es su rasero.*

Permanecemos de espaldas a nuestros cerros, desde un comienzo nos negamos al río, convirtiéndolo en la cloaca mayor de nuestra ciudad, donde se vierten todos los desechos industriales.

Lugar muerto para la naturaleza, no hemos sabido darle vida ni aún con lo recaudado por el impuesto a la industria, por vaciar allí sus detritus.

No hemos sabido apropiarnos de las experiencias ajenas, o mejor, no hemos recordado ciudades más antiguas donde el río es el marco natural más importante, es el locus que nos define la ciudad, que nos hace viajar de nuevo a ella así sea en el recuerdo, v. gr. el Sena en París, el Arno en Florencia, el Danubio en Viena e igual cosa sucede en Roma y Praga.

— *Se diseña para comerciar, para alquilar o vender espacio y nos olvidamos de diseñar para el hombre que tiene un sentido poético del habitar como nos lo evidencia Heidegger.*

— *Se diseñan espacios y nos olvidamos de las especificidades que responden por un modelo cultural preciso al establecer tipos universa-*





les. Debemos partir por aprender a utilizar el espacio y grabarnos los códigos o el color que diferencie nuestra puerta de entrada y esto gracias "a la uniformidad".

Aquí son las diferentes urbanizadoras de la ciudad quienes nos determinan nuestra forma de vida. En el caso de las viviendas del Instituto de Crédito Territorial, el fenómeno se hace extensivo a las capas más populares como nos lo muestra el Barrio Doce de Octubre que como textura, se ofrece monótono y seriado ante el contraste de la topografía.

Son objetos tipo que se entregan al habitante que busca adaptarse o modificar el espacio apropiándose.

- Se construyen edificios que buscan su propia individualidad y se olvidan de armonizar con el conjunto.

En su loca carrera de transformación la ciudad corta los nexos que valoraban y resaltaban los edificios públicos de gran riqueza arquitectónica e histórica, así como las iglesias, símbolos religiosos que han sido erigidos con fervor por sus habitantes, y que sólo restan como hitos, que se ven asfixiados por la competencia de las moles de concreto y de ladrillo.

Podríamos hablar entre otros, del Palacio Nacional, el pasaje Sucre, el Palacio Municipal, la Gobernación y de iglesias como la Candelaria, la Basílica, etc.

- Se hace arquitectura y se olvida que es a partir de ella como se conforma la escenografía de la ciudad. Además es la presentación de la ciudad, la primera impresión del turista que nos visita.

De estos telones de fondo, la ciudad está llena, unos negativos otros positivos. Resaltaré por contraste dos:

1. La Torre de Argos que refleja en sus vidrios-espejo, la pobreza de su entorno.
2. El edificio de Corpavi, ejemplo afortunado de un resurgir de pensamiento e

inspiración para bien de la colectividad. Se vuelve o retorna a la minuciosidad del trabajo con el material como el ladrillo que nos recuerda el Palacio Municipal y se combina con elementos estructurales modernos que sirven de mobiliario urbano.

- Se hace arquitectura y se olvida de su poder evocador. Así como el lenguaje se sirve de la palabra para emitir un mensaje, en el lenguaje de la forma, la arquitectura como signo es uno de sus tantos emisarios.

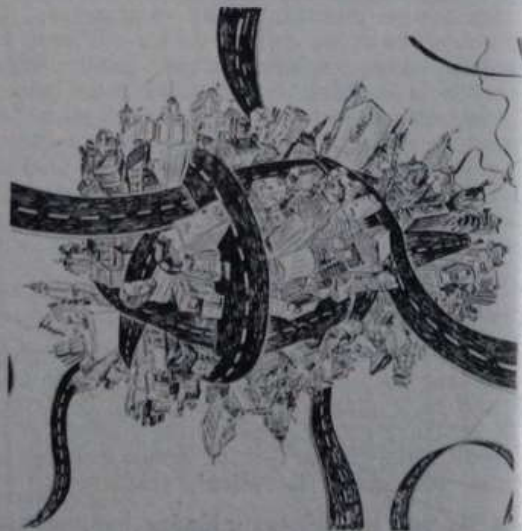
No podemos afirmar que los edificios que inundan el centro de la ciudad estén carentes de significado, sólo que se reduce a la mera expresión económica, a la simbólica del capital v. gr. edificio Coltejer, Coltabaco, etc.

- Se hace arquitectura y se olvida que podemos estar construyendo la torre de Babel, no propiamente a la manera de Brueghel sino como la evidencia de la incomunicación.
- Se hace arquitectura y se olvida de su poder de inspiración que puede convertirse en un canto a la belleza, un testimonio mudo, toda ella poesía.

Pero no, persistimos en el olvido y actuamos con mente esquematizada:

Se milimetra el espacio, se cuantifica el área para la recreación, se jerarquiza y después se mira en el bolsillo para constatar si existen recursos para el control.

Se olvidan de la necesidad de un espacio público destinado al ocio y se confunde el costo social con lo costoso u oneroso para la municipalidad. Es ésta la razón para que muchos terrenos cedidos por las urbanizadoras, como cuota obligatoria del 10% del área urbanizada, permanezcan sin adecuarse y sólo como dato en un "banco de tierras" a la espera de una entrega en comodato para otros usos, aún más, hoy en día se piensa cambiar la cuota de tierra por dinero con el fin de obtener el permiso de construcción que sacrificará a la ciudad debido a la saturación.



A la comunidad se le dejan los residuos. "Siempre lo que queda". Se olvidan que el costo social es lo que sufrimos actualmente, asfixiados en la ciudad —económica, moral y físicamente—. La neurosis y la angustia han tomado asiento de primera en nuestra cotidianidad.

— Por el contrario, el comercio, "en su afán redentor" no se ha olvidado de esa necesidad de esparcimiento y ha tomado la recreación como señuelo para incitar al consumo. Buscando la fidelidad de su clientela y humanizar la rentabilidad o plusvalía, se encargan de la animación porque han comprendido que esto les representa más prestigio y que a su vez atrae más clientela.

El comercio organizado a través de supermercados y centros comerciales funciona como elementos jalonadores del desarrollo urbano, y su volumetría se destaca hoy en el espacio de la ciudad. Son puntos de referencia que compiten con las marcas de otrora —iglesias e instituciones—. Se multiplican como champiñones en predios que garantizarán su mercado, y a fuerza de su repetitividad y demanda pareciera que los arquitectos se olvidaran de diseñar y comenzaran a insertar moldes con ligeras variantes. Han sido diseños permeables a la moda, efímera y pasajera, que retoma el aporricado en forma ciega y, contra la voluntad del arquitecto, se convierten en vacíos.

Mientras tanto el centro de la ciudad se sumerge en un mar de vendedores ambulantes que luchan por su existencia y se apropian del espacio para ofrecer allí la mercancía más insólita al igual que en los mercados persas.

Guayaquil azotado por la renovación se debate ante la muerte muy a pesar de la ritualización de que ha sido objeto. El folclorismo lo desfigura hasta convertirlo en espectáculo circense, a costa de la miseria humana que está allí en juego. Atrincherado, queda un último reducto después del desalojo de que fueran víctimas los vendedores del Pedrero.

Todavía nos interrogamos sobre los frutos del concurso convocado por la municipalidad que deja a la deriva ese vacío del cual soñamos se le devuelva a la ciudadanía.



El sector de San Antonio se levanta como denuncia de la "deportación" de que fueron objeto sus antiguos habitantes una vez se declaró zona en deterioro. Evacuaron o fueron erradicados bajo la presión de que el interés público primaba sobre el privado y ya, pasados los años, permanece como un gran lote en el olvido, aparente, porque las tierras en nuestra ciudad son alcancías upaquizables. Vemos sí, una valla de EDUVA invadida por la maleza y carcomida por el óxido. Empresa de Desarrollo Urbano del Valle de Aburrá que nunca vimos florecer y más parece ésta su lápida donde consta que quedó enterrada.

¡Si al menos lo pensáramos como espacio para el ciudadano!

De todos estos olvidos es cómplice la reglamentación de la ciudad pues, si son hechos evidentes, la acción del ente municipal, que se supone encargada de velar por los intereses de la comunidad, ha cohonestado con esta actitud mezquina de la guerra o lucha por la fama para inmortalizarse, del arquitecto que se ciega al conjunto de la ciudad, y digo cohonestar porque se les ha dado su aquiescencia.

O, ¿dónde está el control? ¿Nos hemos olvidado también de él? De pronto descubrimos que somos nosotros mismos que en nuestra ignorancia —o inocencia, que para el caso daría lo mismo— olvidamos quiénes manejan las redes del tinglado. Actuamos como títeres y ni la voz, ni la palabra, ni la idea nos pertenecen. Tenemos quién piense por nosotros y en términos muy diferentes. Quizás es otro el lenguaje.

El resto, la masa de población de la ciudad, son gentes que han construido su vivienda, su barrio, en el espacio que les fue relegado. Al contrario de lo descrito en otros estratos no buscaron aislarse, sino que fueron repelidos hacia la periferia, donde conformaron un tejido orgánico que valora la calle como el espacio de todas sus vicisitudes. Han sido barrios que estructuran su identidad a costa de su miseria y del olvido del gobierno.